

El museo, el jardín y el monumento a los franceses

Itinerario autoguiado

Duración aproximada: 1,5 horas

Distancia recorrida: 3 km

Nivel de dificultad: ●●●●

Antes de empezar, es recomendable pasar por la oficina de información del puerto, puesto que esta visita está sujeta al horario del museo, que varía según la época del año.

Se trata de un recorrido por el pasado y las formas de vida tradicionales vigentes, en algunos casos, hasta bien entrado el siglo xx. Pasaremos por sernas abandonadas, el monumento a los prisioneros franceses, el jardín botánico, la bodega, hoy adaptada para acoger el museo etnográfico, las casas y el huerto de can Felíu.



Papamoscas (*Muscicapa striata*)

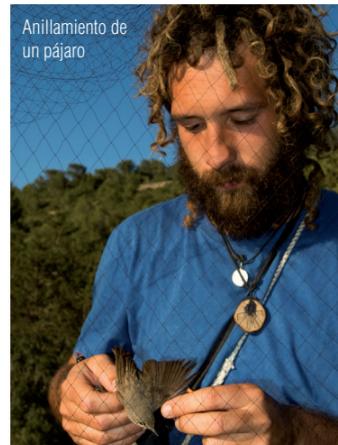


Interior del museo es Celler

Saliendo del puerto, tenemos que tomar la pista que bordea la bahía principal y que lleva a sa Platgeta. Una vez allí seguiremos por el ancho camino de la izquierda que nos conducirá hacia el interior de la isla, hasta el edificio de la antigua bodega.

La serna de sa Platgeta

Al dejar atrás sa Platgeta, pasaremos por una zona en la que la vegetación original de monte bajo ha desaparecido, son los antiguos cultivos de secano, usados hasta mediados de la década de 1960. Hoy, y por el abandono de los usos agrícolas, el área está ocupada sobre todo por plantas herbáceas y un bosquecillo de sabinas (*Juniperus phoenicea*) que crece en el valle. En este paraje abundan pequeños pájaros que buscan alimento, por lo que, en la época de migración, podremos ver las redes de las campañas ornitológicas de anillado de aves. Durante todo el



Anillamiento de un pájaro



Digital (*Digitalis minor*)

año, veremos jilgueros (*Carduelis carduelis*), pardillos (*Carduelis cannabina*) y verderones (*Carduelis chloris*). En cambio, sólo podremos ver en invierno aves como los zorzales (*Turdus philomelos*), los petirrojos (*Erithacus rubecula*) y los colirrojos (*Phoenicurus sp.*).

El monumento a los prisioneros franceses

Seguiremos el camino que bordea los antiguos campos de cultivo y que nos conduce al interior del valle, hasta llegar, a la derecha, a un sendero que se adentra en el pinar y que nos lleva, después de una breve subida, al monumento a los prisioneros franceses.

En el pinar se alza un obelisco, erigido en 1847 por el príncipe de Joinville, que recuerda el trágico cautiverio que soldados y oficiales del ejército napoleónico sufrieron entre 1809 y 1814, en el contexto de la Guerra de la Independencia. Después de ser derrotados en la batalla de Bailén y pasar un tiempo de cautiverio en los pontones del Puerto de Santa María (Cádiz), cerca de 5.000 soldados fueron trasladados a la isla de Cabrera. Se calcula que llegaron a pasar por



Dracunculus muscivorus



Lagartija balear (*Podarcis lilfordi*)

esta isla más de 9.000 soldados y oficiales franceses durante todo el conflicto.

En los cinco años que permanecieron en la isla, vivieron en cuevas y barracas, en condiciones precarias, y tuvieron que imponerse una cierta organización para la construcción de las barracas, el abastecimiento del agua y el reparto de los víveres, que llegaban con mucha irregularidad. Los prisioneros hicieron más llevadero su cautiverio con representaciones de teatro y la manufactura de objetos de madera de sabinas o boj, que cambiaban por comida a los pescadores que llegaban desde Mallorca, entre otras actividades. Sólo regresaron a su hogar, en 1814, unos 3.600 hombres.

El jardín botánico

Al lado del edificio de la bodega, hay unas pequeñas terrazas. Es el jardín botánico, en el que podremos ver la vegetación más singular y característica del parque nacional, a veces difícil de ver en su hábitat natural, bien por estar en lugares inaccesibles, bien porque está en una zona de reserva. La alfalfa arbórea (*Medicago citrina*),

La serna de sa Platgeta

El jardín botánico





El museo de Cabrera y el jardín botánico

El museo

el *Ononis crispa*, la digital (*Digitalis minor*) o la *Rubia angustifolia* *sb. caespitosa*, endemismo de Cabrera, son joyas poco conocidas que conviven en el archipiélago con otras especies más conocidas, como el pino (*Pinus halepensis*), la *Lavatera arborea* o el romero (*Rosmarinus officinalis*).

El museo etnográfico

Contiguo al jardín encontraremos la antigua bodega, construcción imponente de finales del siglo XIX, que funcionó como tal —aunque el edificio no llegó a acabarse nunca— durante los años que se cultivaron las vides, introducidas por la familia Feliu, propietaria de la

isla. Cuando la vid fue arrancada, la bodega se usó como sestero del rebaño de ovejas y como pajar.

Después de unos años de abandono, se emprendió la restauración y la adaptación del edificio para que acogiera el museo histórico y etnográfico. En él, el visitante puede ver la exposición «El hombre y la naturaleza en Cabrera».

El museo está dividido en tres pisos. La planta baja está dedicada a los recursos naturales de Cabrera, esto es la fauna, la flora y el medio marino; también hay una reproducción de la necrópolis bizantina del Pla de ses Figueres, que nos introduce en la historia de la isla. En el primer piso, podremos conocer los usos humanos y la etno-



Reproducción de la necrópolis bizantina

grafía de la isla, mediante textos, ilustraciones y fotografías antiguas y diferentes aparejos de pesca. En la planta superior viajaremos en el tiempo por la historia del archipiélago, desde la prehistoria y la historia antigua hasta el siglo XX a través de los restos localizados, tanto en tierra como en el mar. Así, podremos contemplar ánforas púnicas y romanas, cerámica de diferentes épocas, una maqueta del castillo, una representación de materiales compilados de la época del cautiverio francés, etc.



Casa de can Feliu

No hay que olvidar la magnífica panorámica sobre el puerto que se nos ofrece por el ventanal del piso superior.

Las casas y el huerto de sa Font o de can Feliu

Desde el museo podemos ver una casa de una vertiente construida a fines del siglo XIX y restaurada en la década de 1990, que formaba parte del conjunto agrícola de la isla, junto a la bodega y los campos de cultivo de la zona. Delante hay un huerto, para el que se aprovechaba un manantial de agua dulce. Completan el conjunto las palmeras de los bancales.

A Cabrera hi ha un pi
i una nineta robada
un aujub que no té fi
i una auzina esmoixada.

(En Cabrera hay un pino y una niña robada, un aljibe sin fin y una encina desmochada.)

R. Ginard Bauçà, *Cançoner popular de Mallorca*, (4 vol.), Palma, 1966-1975

El museo, el jardín y el monumento a los franceses

Cancionero popular



ARCHIPIÉLAGO DE CABRERA
PARQUE NACIONAL